

ban su amor transitorio, las amanecidas, las preguntas para el día nuevo. Yo tenía diecitantos años, los del aprendizaje; veinticinco, los del encuentro y la fuga”.

Muy distinto fue el encuentro y muy diversa la fuga de Porfirio. De ahí que la grandeza de Barba esté también en ese influjo auténticamente popular que se respira de algún modo en las líneas de Manuel Mejía. Sólo que alguien como Fernando Vallejo tendría que hacerse cargo de llegar a sus raíces, aunque fuera en circunstancias mucho más adversas, aunque tuviera que enfrentarse a obstáculos aparentemente insalvables.

Entonces, se pregunta Manuel Mejía, ¿qué inventar sobre Barba-Jacob? “El me dañó la vida, él me compuso la vida, él me señaló el lugar de las estrellas [...] y con él quiero equivocarme, si no soy ya el equivocado. Cuando enciendo un cigarrillo, cuando lo apago, cuando echo al aire el humo, cuando miro cómo somos nada; cuando me hundo en mí mismo hurgando con preguntas a sabiendas de que las verdaderas preguntas carecen de respuesta, son simple aproximación al grito último, a los últimos silencios”. Tal vez es legítimo este deseo de perderse en la efusividad de un poeta para vivir en las nubes, pero no es la única actitud para tomar.

Fernando Vallejo rompió con todo esto y probó que si las verdaderas preguntas no tienen respuesta, por lo menos merecen el esfuerzo de la búsqueda. Hay que ver para creer. La fe ciega sólo lleva al fanatismo y al oscurantismo. El amor no redime todo, aunque así lo crea el amante: “Querer, pero querer a fondo, es una categoría. Y pueden ser estéticas nuestras equivocaciones, si equivocarse es jugárnosla toda cuando todo está perdido y sólo nos salvará la equivocación”. Dudosa tesis la de Manuel Mejía. No hay en su libro mayor intento de describir o de averiguar quiénes son de verdad sus entrevistados. Cuando lo hace, como en el caso de Rafael Arévalo Martínez, se contenta con unos juicios que sólo pueden confundir. Que el guate-

malteco fue el mejor amigo de Barba; que fue un renovador de la prosa latinoamericana a principios de siglo, nos dice. Ni una ni otra cosa. Ni fue un gran amigo del poeta ni su relato *El hombre que parecía un caballo* lo convierte en un gran personaje de la literatura, porque después de todo no es sino un reflejo barroco del trashumante vate colombiano que lo expulsó de su hotel, le negó su amistad y después lo detestó por haber publicado sin su consentimiento y sin el esmero infinito que deseaba para su imaginado libro, *Flores negras*, una antología en la que el autor nada tuvo que ver pero que muchos le atribuyen, agrandando esa nociva leyenda negra de poeta decadente y anticuado que le niega algo que él siempre defendió para sí: el derecho de zambullirse en la realidad, no como un lagarto adulador de tiranos, sino como un periodista de venenoso talento.

Esto dice Manuel Mejía de otro de sus entrevistados, Carlos Wyld Ospina: que fue a Quetzaltenango para entrevistar a “uno de los cinco mejores prosistas de la América Hispánica en concepto de Eduardo Mallea y enterarnos de la intensa vida que vivieron, en México y aquí, estos dos señores de las letras que se admiraban, respetaban y querían y que se conocieron íntimamente en los periódicos, en las noches de juerga incontrolada, en los oasis de paz y de silencio, luego de las orgías”. Hasta ahí llega su curiosidad: una cita de Mallea y una invención. Basta leer las páginas dedicadas por Fernando Vallejo a Arévalo Martínez o lo que cuenta sobre Wyld Ospina, para darse cuenta de lo diferente que es su búsqueda. Vallejo investiga, descubre.

Para Vallejo “Arévalo, el guatemalteco, el narrador, era tímido, miope, medroso, delicado; el colombiano era sarcástico, insólito, imprevisible, burlón”. Y lo sitúa literariamente: “el prodigio del hombre que parecía un caballo fue único y no se repitió más en vida de su autor”.

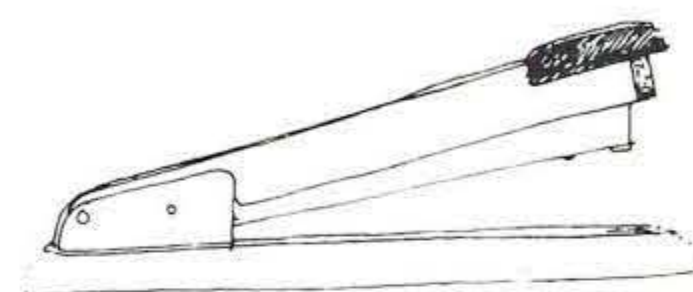
Son juicios basados en una multiplicidad de fuentes, testimonios, encuentros y viajes, como aquel en que

sitúa a Wyld Ospina: “Emprendió el viaje (expulsado de México por Huerta) acompañado por Carlos Wyld Ospina, un jovencito guatemalteco, con sangre colombiana, que había conocido en El Independiente, y que fue su más asiduo colaborador en Churubusco. Al pasar el Suchiate, la línea divisoria entre Guatemala y México, vio un zopilote parado sobre una islita en medio del río y profirió exultante: ‘He aquí un zopilote internacional’”.

Wyld fue en realidad un joven cachorro de periodista a quien el poeta le había enseñado el oficio en México y a quien después vemos organizando recitales de Barba, pero no participando en las orgías del Caballero de Aretal ni mucho menos disputando con Barba o Arévalo una notoriedad literaria que nunca tuvo. Fue apenas un tímido admirador que, como tantos otros, cayó bajo el influjo irresistible de Barba.

Lo que no se ve, pues, en las páginas de Manuel Mejía, está con lujo de detalles en el libro de Fernando Vallejo. El libro de Manuel Mejía, por lo tanto, sobra. Tal vez él pensó lo mismo y por eso le añadió treinta poemas de Barba para reforzar las pobres entrevistas que en mala hora decidió sacar de nuevo a la luz.

NICOLÁS SUESCÚN



Tratamiento desigual a un tema nuevo

La protesta urbana en Colombia en el siglo xx

Medófilo Medina

Ediciones Aurora. Bogotá, 1984, 208 págs.

En comparación con la relativa abundancia de estudios sobre el movimiento sindical en Colombia, o sobre el movimiento campesino, el tema de los movimientos urbanos contemporáneos no había recibido

mucha atención de los investigadores sociales. Medófilo Medina aporta su grano de arena para llenar este vacío, con la publicación de esta investigación sobre la protesta urbana en la Colombia del siglo XX.

El libro es básicamente una recopilación acerca de los principales movimientos de masas en el marco de la ciudad en lo que va transcurrido de este siglo. Como el mismo autor lo señala, "bajo la denominación de *protesta urbana* se entienden formas muy amplias de movilización de masas de la ciudad, de significación política nacional y de proyección, por lo menos en la etapa histórica inmediatamente posterior" (pág. 16).

Medina inicia su recuento histórico con las jornadas de marzo de 1909 que concluyeron en el derrocamiento de la dictadura del general Rafael Reyes y el ascenso, por breve lapso, del republicanismo. Después aborda los sucesos de junio de 1929, que marcaron el principio del fin de la hegemonía conservadora, para adentrarse luego en algunas de las movilizaciones ocurridas durante el régimen liberal iniciado con Olaya Herrera. El 9 de abril es tocado tangencialmente, si se tienen presentes los extensos trabajos recientemente publicados por Arturo Alape, Jacques Aprile-Gnisot y Gonzalo Sánchez, entre otros. Por último, Medina estudia con mayor detalle las dos movilizaciones que enmarcan la vida del Frente Nacional: las jornadas de mayo de 1957, que culminaron en la caída de Gustavo Rojas Pinilla; y el paro cívico nacional de 1977.

Como el mismo autor lo reconoce, escapan a este recuento importantes acontecimientos de protesta urbana como los ocurridos en abril de 1970 a raíz de la participación electoral de la Alianza Nacional Popular (Anapo), y las movilizaciones de los desempleados que pulularon en las grandes ciudades colombianas durante los años de la gran depresión mundial. Personalmente les hubiera asignado a estas últimas igual importancia que la que el autor le da a la marcha del primero de mayo de 1936, pues ambas repercutieron en

las políticas liberales en relación con los sectores populares.

Para el análisis de cada jornada, el autor usa más o menos el mismo esquema metodológico: estudio del contexto socioeconómico y político del suceso; descripción de éste; consecuencias. En algunos capítulos, especialmente en los primeros, dicho esquema analítico parece ficticio, pues no se advierte articulación real entre lo acontecido y el supuesto contexto socioeconómico. Ya para los últimos análisis, dicha conexión es presentada más claramente.

De la lectura del texto salta a la vista que hay un tratamiento desigual de los acontecimientos estudiados, siendo las jornadas de mayo del 57 y el paro cívico del 77 las que más completamente se analizan. En particular, la investigación sobre esta última movilización de masas es la más profunda de las hasta ahora publicadas en nuestro medio.

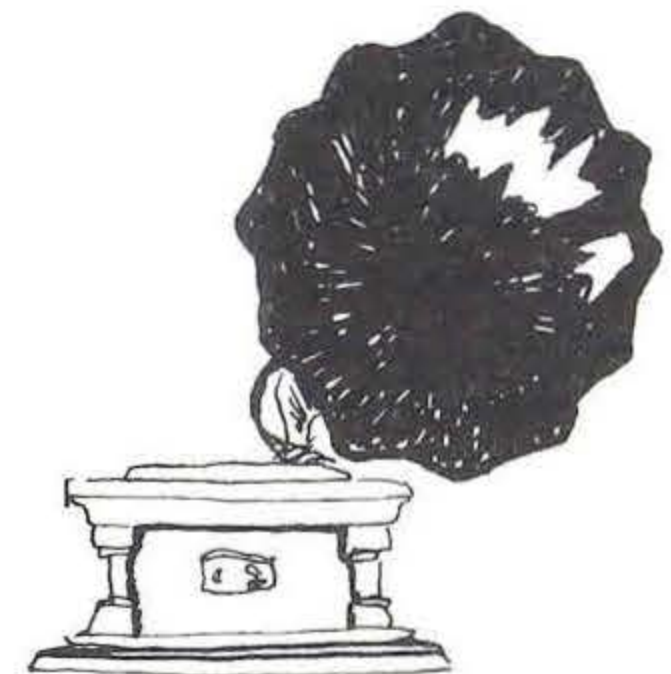
Ahora bien, esta desigualdad en el tratamiento de los acontecimientos es más un límite de la investigación histórica —por la ausencia de fuentes, la escasez de bibliografía secundaria, etc.— que del autor mismo. Por el contrario, éste, muchas veces, para investigar acontecimientos relativamente lejanos en el tiempo, tiene que trabajar prácticamente con las uñas. Ello no significa que haya agotado las fuentes. Lo que sucede es que le interesaba precisar los hechos y por ello destacó la consulta de las fuentes periódicas, y dejó de lado otras que, como la historia oral, ofrecían poca precisión episódica.

Finalmente, la idea del autor de que parece existir una relación entre crisis o transformaciones políticas, por un lado, y grandes movilizaciones urbanas de protesta, por el otro, es ampliamente ilustrada a lo largo del libro por las sucesivas jornadas reseñadas. Esta hipótesis arroja luces sobre el comportamiento político de las masas urbanas, generalmente consideradas como "disponibles" para la movilización. Sin embargo, Medina advierte claramente que si se pretende darle continuidad a la protesta urbana, se requiere una imaginativa acción política que in-

corpore los rasgos ideológicos, los valores culturales y las pautas de comportamiento de dicha protesta. Esto último, sin embargo, es terreno de la discutible capacidad proyectiva de las ciencias sociales.

La protesta urbana señala nuevos derroteros para la investigación social en nuestro país. A este trabajo seminal de Medófilo Medina le debe seguir una profusa investigación que utilice otras fuentes, desmenuce en detalle las hipótesis lanzadas e inclusive se adentre en campos que, como el ideológico o el cultural, están insinuados en el texto. En todo caso, a Medina ya le queda el honor de haber sido pionero en el tema.

MAURICIO ARCHILA



José Celestino Mutis en un mundo pintoresco y exótico

Mutis, un forjador de la cultura
Hermann Schumacher
Empresa Colombiana de Petróleos
Bogotá, 1984, 325 págs.

Como diplomáticos, agentes comerciales privados o simples viajeros, fueron numerosos los extranjeros que en el siglo XIX recorrieron la recién fundada y promisoría república, dejando testimonios escritos que constituyen fértil materia para los investigadores de la historia social de ese período. Como los cronistas de la conquista y la colonia, a los que continúan de otra manera, realizaron valiosas disecciones etnográficas que arrojan mucha luz sobre usos, costumbres y sucesos del país, pero